

BERNAL DÍAZ ANTE EL INDÍGENA

Héctor ORTIZ D.

MUCHOS HAN SIDO los aspectos bajo los cuales se ha estudiado al indígena mexicano, pero sólo en forma superficial se ha intentado determinar cuál era el concepto que de él tenía el conquistador español; esto nos ha movido a emprender el presente ensayo.* Después de una selección previa, hemos pensado que Bernal Díaz del Castillo es el cronista que más fielmente representa el concepto que de nuestros indígenas tenía el español común y corriente, el soldado de extracción netamente popular que combatió en las huestes de Cortés.

Indudablemente las *Cartas* de Cortés y la *Crónica* de Gómara son también obras importantes, pero no tan fidedignas. Cortés relata hechos cuya importancia exagera para impresionar favorablemente a su monarca, desvaneciendo al mismo tiempo los cargos que en su contra se habían formulado; Gómara, por su parte, es un émulo de Homero, que en lugar de exponer los hechos tal como ocurrieron, pretende hacer de don Hernando el Aquiles de la epopeya de la Conquista. No se puede negar que Bernal escribió su *Historia verdadera* por motivos de interés personal; así, por ejemplo, de simple soldado que fue, se ascendió generosamente a oficial del ejército conquistador. Pero al mismo tiempo lo guiaba el sincero afán de restablecer la verdad sobre los sucesos ocurridos y

* La presente investigación se llevó a cabo parcialmente en un curso de seminario (1946), en El Colegio de México, bajo la dirección del Dr. Silvio Zavala. Nuestras citas de la *Historia verdadera* de Bernal Díaz se refieren a la ed. de J. Ramírez Cabañas, México, 1939. Otras obras consultadas: Luis GONZÁLEZ OBREGÓN, *Cronistas e historiadores* (1936); Ramón IGLESIA, *Cronistas e historiadores de la conquista de México* (México, 1942); Ramón IGLESIA, *El hombre Colón y otros ensayos* (México, 1945); Antonio de SOLÍS, *Historia de la conquista de México* (México, 1858); Horacio URTEGA, *Los cronistas de la conquista* (México, 1938); Agustín YÁÑEZ (ed.), *Crónicas de la conquista de México* (Biblioteca del Estudiante Universitario, México, 1939).

sobre la participación y méritos de cada uno de los conquistadores. Veamos ahora qué concepto se formó Bernal Díaz del indígena mexicano.

CONCEPTO DEL PUEBLO INDÍGENA

Cuando habla de los tiempos de paz, Bernal relata, admirado, la magnificencia de las ciudades indígenas. Nos dice cuántos habitantes tenía cada población; habla de la ayuda que los peones prestaban a los castellanos, despejando los caminos y acarreando la madera necesaria para la construcción de bergantines, y llama a esos peones hombres fuertes, trabajadores y serviciales. Considera a los mexicas perspicaces y poseedores de gran inteligencia. "Tendile" y "Pitalpitoque", como llama a los emisarios enviados por Moctezuma Xocoyotzin para averiguar quiénes y cómo eran los extranjeros recién llegados a Veracruz, observan las ceremonias religiosas católicas con una curiosidad que revela su inteligencia:

Y dejemos por ahora las vistas, y digamos que en aquella sazón era hora del Ave María, y en real tañíamos una campana, y todos nos arrodillamos delante de una cruz que teníamos puesta en un médano de arena, y delante de aquella cruz decíamos la oración del Ave María. Y como Tendile y Pitalpitoque nos vieron así arrodillados, como eran muy entendidos, preguntaron que a qué fin nos humillábamos delante de aquel palo de aquella manera (I, 157).

Bernal no desperdicia ocasión para agradecer la ayuda que prestaron al ejército conquistador los indígenas aliados. Relata vehementemente la manera de combatir de las tribus amigas y ensalza sus actos de heroísmo. Lógicamente, los tlaxcaltecas le inspiran predilección; dice que combatían como fieras, con una bravura sin límites, sin que les importara perder la vida, con tal de obtener la victoria: "Pues nuestros amigos los de Tlaxcala estaban hechos unos leones, y con sus espadas y montantes y otras armas que allí apañaron hacíanlo muy bien y esforzadamente" (II, 92). Recuerda agradecido la lealtad de sus aliados en la hora del infortunio (II, 99).

Los mexicas, a pesar de haber sido sus enemigos, reciben también grandes elogios. Bernal los considera guerreros excelentes, muy valerosos y tenaces; dice que eran astutos y feroces, que peleaban dando gritos y silbidos, acompañados con el tañido de trompetillas y atabales y que producían tan gran estruendo, que en la imaginación de sus adversarios crecían en número (II, 167-168). No cesa de elogiar su heroica actitud durante el sitio de Tenochtitlán; cuenta impresionado el hambre y los sufrimientos que estoicamente soportaba el pueblo, y piensa que sólo pudo combatir por las fuerzas que le daba la desesperación.

BERNAL ANTE LOS JEFES INDÍGENAS

Los caciques indígenas, aliados o enemigos, inspiran respeto y en algunos casos gratitud al cronista español. Al hablar de los caciques de las tribus amigas, lo hace respetuosamente, recordando en forma detallada los favores y auxilios que prestaron a los conquistadores. Dice de don Carlos Ixtlilxóchitl que fue "muy valiente y esforzado varón", y que a pesar de su juventud poseía una clara inteligencia, la cual puso al servicio de la causa hispana (II, 282). Recuerda a Netzahualpilli, agradeciéndole la valiosa ayuda que prestó a Cortés al poner a su disposición gran cantidad de indígenas, trabajadores y guerreros, con la ayuda de los cuales se obtuvo el triunfo (II, 140). Expresa gran pesar por la muerte de "nuestro gran amigo y muy leal vasallo" Maseescaci: Cortés "se puso luto de mantas negras, y asimismo muchos de nuestros capitanes y soldados" (II, 130).

Al mencionar a Xicoténcatl el Viejo, demuestra cariño, respeto y agradecimiento por la ayuda que aportó (II, 281); relata con admiración que "a su hijo dizque lo había mandado matar, desde que supo sus tramas y traiciones" (II, 99). El caso de Xicoténcatl el Mozo es contradictorio; hay momentos en que Bernal se expresa de él favorablemente, en que lo considera audaz y valiente guerrero; en cambio, al referir cómo combatió a los castellanos antes de la alianza hispano-tlaxcalteca, o al relatar sus intentos de formar una coalición

indígena en contra de los invasores, califica sus actos de traumas y traiciones.

El juicio de Bernal sobre Moctezuma II es interesante, pues siempre habla del monarca mexicana en tono reverente. No lo menciona sin adjudicarle el calificativo de "grande"; cuando recuerda los múltiples obsequios que hizo a los españoles, dice que parecía un gran señor:

Y acabado este parlamento, tenía apercebido el gran Moctezuma muy ricas joyas de oro y de muchas hechuras, que dio a nuestro capitán, y asimismo a cada uno de nuestros capitanes dio cositas de oro y tres cargas de mantas de labores ricas de plumas, y entre todos los soldados también nos dio a cada uno dos cargas de mantas, con una alegría, y en todo bien parecía gran señor (I, 315).

Habla del gran respeto que inspiraba a todos los españoles y de la "buena manera y crianza que en todo tenía" (I, 319). Deja entrever su asombro por la sumisión y reverencia con que se le servía y se le cumplían sus más absurdos deseos:

Y helo dicho porque era tan gran príncipe, que no solamente le traían tributos de todas las más partes de la Nueva España, y señoreaba tantas tierras y en todas tan bien obedecido, que aun estando preso sus vasallos temblaban de él, que hasta las aves que vuelan por el aire hacía tomar (I, 364).

Nos lo pinta como un hombre simpático y alegre, que tenía gran dominio sobre sus súbditos, unas veces afable y complaciente con ellos, otras sumamente severo. Expresa un gran dolor por la muerte de Moctezuma: "Y Cortés lloró por él, y todos nuestros capitanes y soldados, y hombres hubo entre nosotros, de los que le conocíamos y tratábamos, de que fue tan llorado como si fuera nuestro padre, y no nos hemos de maravillar de ello viendo que tan bueno era" (II, 79).

En cuanto a Cuauhtémoc, le parece un personaje legendario, colocado en un nivel más alto que los demás indígenas, "bien gentilhombre para ser indio" (II, 108). Lo recuerda como la personificación del heroísmo, como hombre indomable, esforzado, inteligente, cuerdo, y muy temido de sus vasallos. Cuenta, admirado, cómo influyó sobre los mexicas

para decidirlos a combatir hasta el fin (II, 155-156), cómo al ser hecho prisionero pidió a Cortés que le matara con su daga y cómo resistió el tormento sin quejarse. Critica duramente a Cortés por haberlo mandado matar, y recuerda los favores y mercedes que Cuauhtémoc le hizo a él y a otros muchos:

Y verdaderamente yo tuve gran lástima de Guatemuz y de su primo, por haberles conocido tan grandes señores, y aun ellos me hacían honra en el camino en cosas que se me ofrecían, especial en darme algunos indios para traer yerba para mi caballo. Y fue esta muerte que le dieron muy injustamente, y pareció mal a todos los que íbamos (III, 44).

EL ESPAÑOL ANTE LA CULTURA INDÍGENA

Bernal se muestra admirado de las grandes riquezas de los mexicas; elogia la calidad del tesoro que descubrieron sus compatriotas en un cuarto tapiado del palacio en que habían sido alojados, ponderando el primor con que los artífices trabajaban las joyas. Describe el ceremonial y usos de la corte, encomiando y relatando minuciosamente la variedad y calidad de los manjares preparados, y la riqueza de la vajilla en que servían al monarca.

Elogia el trazo de Tenochtitlán y la situación estratégica de esta ciudad, cuyos canales y puentes levadizos estaban tan inteligentemente distribuidos, que quitándolos se podía aislar al enemigo y destruirlo. Le parece magnífica la idea de fortificar las azoteas de las casas, para atacar al enemigo con poco riesgo.

Con estos elogios a las diversas manifestaciones culturales indígenas contrastan las críticas a la religión indígena y a ritos como los sacrificios humanos y la antropofagia. Bernal habla con horror de tales costumbres: "Dijo Pedro de Alvarado que habían hallado, en todos los más de aquellos [*cúes*], cuerpos muertos, sin brazos y piernas, y que dijeron otros indios que los habían llevado para comer, de lo cual nuestros soldados se admiraron mucho de tan grandes crueldades. Y dejemos de hablar de tanto sacrificio, pues desde allí adelante en cada pueblo no hallábamos otra cosa..." (I, 167-168).

Con indignación relata las "maldades de sacrificios" (III, 229):

Pues comer carne humana, así como nosotros traemos vaca de las carnicerías, y tenían en todos los pueblos cárceles de madera gruesa hechas a manera de casas, como jaulas, y en ellas metían a engordar muchas indias e indios y muchachos, y estando gordos los sacrificaban y comían; y además de esto las guerras que se daban unas provincias y pueblos a otros, y los que cautivaban y prendían los sacrificaban y comían (III, 230).

Cuervos, milanos y otras aves de rapiña le parecen los indígenas que concurrían a los lugares donde se habían trabado combates con el objeto de proveerse de carne humana para "hartarse" (II, 178).

Al referir las costumbres de los indígenas de la región del Pánuco, se muestra escandalizado ante su poligamia: "Pues tener mujer, cuantas querían; y tenían otros muchos vicios y maldades; y todas estas cosas por mí recontadas quiso Nuestro Señor Jesucristo que con su santa ayuda que nosotros los verdaderos conquistadores que escapamos de las guerras y batallas y peligros de muerte, ya otras veces por mí dichos, se lo quitamos y los pusimos en buena policía de vivir, y les enseñamos la santa doctrina" (III, 230).

Da gracias a Dios por haber permitido que todos los indígenas se convirtieran a la verdadera religión, y porque con el divino auxilio fue posible conquistar a los indígenas para evitar que sus almas siguieran yendo a los infiernos eternamente (III, 231-232).

CONCLUSIÓN

Como hemos visto, el concepto de Bernal sobre el indígena mexicano es muy favorable. Elogia las obras de los artifices, el valor de los guerreros, su tenacidad y heroísmo; pondera sus ciudades por las ventajas que ofrecen en tiempos de paz y de guerra; se admira ante el ceremonial y la riqueza de la corte mexicana y ante la inteligencia, valor y generosidad de los caciques.

En cuanto a la religión, a las ceremonias y a la antropofagia, es muy natural que al hombre proveniente de un mundo más civilizado y de profundos y arraigados sentimientos católicos, le repugnen y escandalicen esas costumbres; habría demostrado poca sinceridad si hubiese hablado en tono diferente de tal tema. Por otra parte, su preocupación por la salvación de las almas indias revela la estimación que por el indígena tuvo nuestro autor.

Bernal se supo adaptar al nuevo medio y a los nuevos usos, y gracias a ello y a su vigorosa subjetividad, se llegó a formar un concepto claro y definido del indígena.